

LOS DOS VIREYES.

DRAMA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

EL CONDE DE VERGARA.
DON GARCIA DE ORELLANA.
DON RODRIGO DE LUZ, conde de Monforte.
DIEGO.
ANGELINA.

UN JUEZ.
UN SOLDADO.
UN PESCADOR.
JUECES, SOLDADOS ESPAÑOLES, PESCADORES NAPOLITANOS,
MIEMBROS DEL CONSEJO COLATERAL, ETC. ETC.

La escena es en Nápoles, el día 10 de Noviembre de 1853.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio del virey, suntuosamente adornado, cuya bóveda está sostenida por dos robustos pilares. Balcon á la derecha, puerta en el fondo y secretas á los lados.—Mesas con cubierta de terciopelo blasonada. Sillones, escribanía, etc. etc.

ESCENA PRIMERA.

EL VIREY.

¡Por Cristo! . . . esa vil canalla
No se contenta jamas.
¡Oh, no he volverme atras,
Ni rehusar la batalla!
¿Quiere el populacho guerra?
Pues habrá guerra, y cruel.
Con tu sangre, pueblo infiel,
Fertilizaré la tierra.

[Mirando por el balcon.]

Sí, retoñarán tus mieses
Granos con tu sangre rojos,
Y trocarán mis enojos
Tus frutales en cipreses.
Sangre habrá, duelos prolijos,
Y ¡vive Dios! que de hoy mas
En sangre te bañarás; ¡
Sangre han de beber tus hijos.

ESCENA II.

EL VIREY. VARIOS INDIVIDUOS DEL CONSEJO COLATERAL CON TOGAS, ETC. LOS SÍNDICOS, ETC.

Vir. ¡Hola! adelante, señores!
Entrad y dadme noticias
De esa rebelion.

Un consej. Albricias
Os damos ya. Los traidores
Se han dispersado; está sola
La plaza, y Nápoles todo
Se calma del mismo modo
Ante la enseña española.

Vir. ¿Conque vuestra fiel ciudad
De Nápoles va ¡pardiez!
Por la vigésima vez
Contra su rey? En verdad
Que debiera con mas juicio
Andar en tales proezas,
Y no ofrecer mas cabezas
Al altar del sacrificio.

Consej. Señor conde . . .

Vir. Idos de aquí,
Señores, y no os dé empacho
En decir al populacho
Lo que vais á oír de mí.
Decid que mandé plantar
Una horca en esa plaza,
Y en vez de azote y mordaza

Sus cuerdas mandé emplear.
Decidle que si pensó
Escudarse con la ley,
Ya no hay mas ley, ni mas rey,
Ni mas tribunal que yo.
Y al que murmure ó se asombre,
Haré, porque el resto calle,
Matarle donde se le halle,
Sea mujer, sea hombre.
¡Lo habeis entendido bien?
Pues id al pueblo á decirlo,
Y tomadlo al repetirlo!
Para vosotros tambien!
Si Nápoles no se humilla
De Castilla al blando yugo,
Se humillará del verdugo
Bajo la corva cuchilla.
Salid, y no os olvideis
Que si no cesa el tumulto,
Hago degollar á bulto
A cuatro por cada seis.

ESCENA III.

EL VIREY.

Yo pondré á esa chusma vil
De pescadores soeces,
Como ellos ponen sus peces
Prensados en el barril.
Y si aun me osan levantar
Una voz esos infieles,
Sobre sus propios bajeles
Se les sorberá la mar.

ESCENA IV.

EL VIREY, DIEGO.

Vir. ¡Hola, servidor leal,
Te esperaba con ardor!
¿Qué hay por ahí?
Diego. Nada, señor,
Ya está remediado el mal.
Vir. ¿Cuál ha sido la ocasion
De esa bulla?
Diego. El santo celo
De pedir de Masanielo.
Vir. ¿Qué?
Diego. La canonizacion.
Vir. ¿Diego!
Diego. No es mas que lo dicho:
Esos pescadores ruines,
Que han dado en armar motines,
Con el mas terco capricho,
Su cadáver echumaron,
Y en procesion funeral,
De su amigo el cardenal
Hasta el palacio llegaron.
Hubo blasfemias atroces;
Mendigos, viejos, muchachas,
Con faroles y con hachas,
Pedian á grandes voces

Que declarase por santo
Al rebelde Masanielo,
Mártir de Dios.

Vir. Y el capelo
¿Qué es lo que hacia entretanto?

Diego. Estarse como un huron
Encerradito en su alcoba,
Que no es su eminencia boba,
Ni peca de imprevision.
Ya el populacho impaciente,
Al ver señas tan inciertas
En el cardenal, sus puertitas
Desvencijaba insolente.
Mas todo ello concluyó
Muriedo sus esperanzas,
Cuando con sesenta lanzas
Metíme en la plaza yo.
El que en sus piernas no puso
Su salvacion, la cabeza
Perdió allí por su torpeza.
Ya sabeis que este es el uso.
Y á los minutos siguientes,
Las mas bravas, en dos filas,
Los tazones y las pilas
Festonaban de las fuentes.
Con lo cual, los que escaparon
De esta justicia agarena,
Sin duda en cabeza agena
Escarmentando callaron.

Vir. Tu lealtad no se acrisola
Hasta sacar con sigilo
El ovillo por el hilo:
Esa hoguera no arde sola.

Diego. Teneis razon; mas espero
Que con el cabo en que toco,
Tirando poquito á poco
Sacaré el ovillo entero.

Vir. Veo, Diego, tu destreza.

Diego. Y os asombrará algun dia:
O soy ó no soy espía.

Vir. ¡Conque todo...! pues empieza.

Diego. De estas revueltas el germen
No está en el pueblo que grita;
El cardenal, que os evita,
Y el viejo duque no duermen.

Vir. ¿El de Guisa?

Diego. O yo estoy ciego,
O ese ovillo y esa hoguera
Atan y soplan de fuera
Los dos; escuchadme, os ruego.
Hará como unos tres meses
Que á una mujer misteriosa
Trajo á esta ciudad dichosa
Un barco de portugueses.
Tomó esta desconocida
Tal precaucion en taparse,
Que fué inútil afanarse
En averiguar su vida.
Jamás abrió sus balcones,
Ni alzó su velo tupido
A un saludo comedido,
Ni á las nocturnas canciones.
Y aunque su garbo promete

Libertad, nobleza y oro,
No desmintió su decoro
Ni un regalo, ni un billete.
Nadie su casa visita;
Los nobles mas perspicaces,
Los mancebos mas audaces
Desesperan de una cita.
No pasa por sus dinteles
Ni pajecillo, ni dueña,
A quien el dinero empeña
En dar y tomar papeles.
Solo un sombrío escudero,
Con trage ó disfraz de España,
En silencio la acompaña
Frio como ella, y severo.
Y envuelto en su capa oscura,
Con su espadon abrazado,
Con militar desenfado
Por donde va la asegura.
Mas, señor, hablando en plata,
Jamás se la vió pasar
Sino para ir á rezar.

Vir. ¿Adónde?

Diego. A la *Incoronata*.

Vir. ¿A la *Incoronata*!

Diego. Sí,

Es la iglesia mas vecina

De la calle Catalina.

Vir. ¿Vive esa mujer allí?

Diego. Allí vive.

Vir. ¿En una casa

De seis balcones?

Diego. ¿Por Dios!

Vir. Tengo una noticia escasa

De esa mujer.

Diego. No sé cómo, [*Con intencion.*]

Porque un hombre hay solamente

Que logró hablarla audazmente,

Y aun que jamas tuvo asomo

De favor con la hermosura,

Rondó de noche á sus rejas,

Y aun que entonó amantes quejas

Bajo de ellas se asegura...

Mas sin duda el escudero

Salió una noche al cantor,

Porque hubo en una rumor

Tras del cántico, de acero,

Y el músico no volvió.

¿Mas qué teneis?

Vir. Impaciencia

De oír tanta incoherencia

Como tu labio ensartó.

¿Qué diablos tiene que ver

Con esta conspiracion

Ese paje, esa cancion,

Ni ese hombre, ni esa mujer?

Diego. Idos, señor, poco á poco,

Que si os dignais escuchar,

En ella habeis de encontrar

De esta rebelion el foco.

Vir. Mujer, tan jóven, tan sola...

Eso es imposible, Diego.

Diego. Mudareis de opinion luego
Que sepais que es española.

Vir. ¿Española!

Diego. Sí, escuchad.
¿Visteis de ayer la horrorosa
Tormenta?

Vir. Sí, sí: espantosa

La mar estuvo en verdad.

Diego. Pues bien, á la hora postrera

De esta noche tan fatal,

Víctima del temporal,

Zozobró aquí una galera.

Toda su tripulacion

Se hundió en el mar irritado;

Solo un hombre pudo á nado

Encontrar su salvacion.

Con serena bizarría,

Con invencible constancia,

Ni le arredró la distancia,

Ni temió la mar bravía.

Luchó por mas de una hora

Contra las ondas, y al cabo

Agotó su aliento bravo

Al despuntar de la aurora.

Con sus primeros albores

Desde su barca le vieron,

Y en ella le recogieron

Unos buenos pescadores.

Este hombre, pues, cuya edad

Pasa ya de años cincuenta,

Mas que tiene de los treinta

El brio y la agilidad,

Traia colgado al cuello

De metal un cajoncillo,

Y en un dedo un grueso anillo

Con blasones y con sello;

Rezó un momento, el tesoro

Guardó que en la caja encierra,

Y pagó el saltar á tierra

Con una cadena de oro.

Desapareció en seguida

Por oscura encrucijada,

Sin que dejase marcada

Su huella desconocida.

Y de mi gente mas lista

Los ojos mas perspicaces,

No han sido hasta ahora capaces

De rastrearle la pista.

Vir. ¿Mas qué tiene, pesiamí,

Todo ese cuento que ver

Con aquella otra mujer?

Diego. Oíd, que vamos ahí.

Por lenguas que una vecina

Nos dió, sospecha certera

Tuvimos de esa estrangera

De la calle Catalina.

En su casa sospechamos

Que estaba el náufrago oculto,

Y hace media hora que á bulto

En ella nos presentamos.

Asaltamos con sigilo

Su alcoba, tras visto todo.

Vir. ¿Y estaba?

Diego. De ningún modo:
Reposando muy tranquilo
En su propio lecho hallamos,
No al náufrago misterioso,
Sino al jóven mas hermoso
Que haber visto recordamos.

Vir. ¡Voto va!

Diego. Los veinte abriles
Contará apenas tal vez:
Pero es un mozo ¡pardiez!
Gentil entre los gentiles.

Vir. Concluye en fin....

Diego. Con voz fiera
Nos dijo insultos atroces,
Mas yo desprecié sus voces,
Y hallé al fin esta cartera
Bajo de su almohada.

Vir. A ver. (La mira.)
¡Cartas del duque de Guisa!

Diego. Por eso con tanta prisa
Os las vine yo á traer.
Y este retrato ademá
(Dale un medallon.)
Que tomé del cuello de ella,
Por si aclaraba la huella
De algun rebelde quizás.

Vir. Dame: es de un hombre y anciano.

Diego. ¡Qué noble fisonomía!
¡Le conocéis?

Vir. No, á fé mia.
Pero es de maestra mano.
Mas ese mozo...

Diego. Le traigo
Preso.

Vir. ¡Y la jóven?

Diego. Ahora
Clamando por veros llora
En la antesala.

Vir. Ya caigo.
Quiere por ese traidor
Su hermosura interponer.

Diego. Dice que espera mover
Vuestro corazón, señor.

Vir. Diego, tráemele al momento.

Diego. ¡Ver su escelencia no quiere
A esa muchacha?

Vir. Que espere
En el prócsimo aposento.

ESCENA V.

EL VIREY.

¡Ira de Dios, ella es!
Ella... mas juro á los cielos
Que él aplacará mis zelos
Agonizando á mis piés.
¡Ah, todo lo veo claro;
En huirme tanto afan
Era por ese galan!
Pero ha de costarle caro.

ESCENA VI.

EL VIREY, DON RODRIGO, ENTRE SOLDADOS; DIEGO.

Vir. (¡Gallardo mozo, en verdad!)
¡Conque eres tú ese villano
Que osa con traidora mano
Del rey á la majestad?

Rod. Señor conde de Vergara,
Mudad, si os place, de tono,
Que es fácil que tanto encono
Os salga luego á la cara.

Vir. ¡Infame!

Rod. Señor virey....
Yo tengo un nombre mejor,
Que puede con mucho honor
Servir aun al mismo rey.
Yo me llamo Don Rodrigo
De Luz, conde de Monforte,
Y no hay uno en vuestra corte
Que se compare conmigo.
Y á los nobles, ¡vive Dios!
No podeis en juicio osar,
Porque sus culpas juzgar
Toca al consejo, no á vos.

Vir. Si lástima no tuviera
A vuestra edad tan temprana,
Monforte, el sol de mañana
Ya para vos no saliera.
Que aunque decís con razon,
Que no puedo á un noble osar,
Puedo sin embargo ahorcar
Un reo de alta traicion.

Rod. ¡Yo traidor!

Vir. Pruebas son hartas
Que os pueden matar, y aprisa,
Del noble duque de Guisa,
Conde Rodrigo, esas cartas.

Rod. ¡Esas cartas, que son obra
De algun esbirro impostor!

Vir. Para llamaros traidor,
Con cualquiera de ellas sobra.
Pero dejemos á un lado
Cuestion que nos sienta mal,
Y que justo el tribunal
Fallará por de contado;
Vos sois noble, y me habeis hecho
Tan á tiempo esta objeccion,
Que renuncio con razon
De juzgaros el derecho.
De próceres teneis, sí,
Un tribunal competente,
Y no hay miedo que yo atente
A vuestros fueros allí.
Nada de eso; mas con todo,
En calidad de virey,
Con los traidores al rey
Me cumple obrar de otro modo.
Por lo cual, antes de ir
Al tribunal que apelais,
Quiero yo que me digais,
Y os ruego que sin mentir,

ESCENA VII.

VIREY, RODRIGO.

¡Qué relaciones os ligan
A una jóven estrangera?....

Rod. Es impostura grosera,
Señor, cuanto de ella os digan.

Vir. De estar como vos, la acusan,
Puesta en comunicacion
De vuestra conspiracion
Con las cabezas.

Rod. ¡Oh, abusan
De vuestra bondad, señor!
Es inocente.

Vir. Mancebo,
No sé lo que de ella debo
Pensar por vuestro temor.

Rod. Es inocente, os lo juro,
Señor virey; lo demas
Un secreto es que jamas
Saldrá de mí.

Vir. Os aseguro,
Señor Monforte, que tengo
Resuelto saberlo todo,
Y lo direis.

Rod. De ese modo,
Señor virey, os prevengo
Que tan jóven como soy,
Tengo un alma tan entera,
Que sin deciros muriera
Lo que en callaros estoy.

Vir. Bravatas de vuestra edad;
Si yo os pongo en la tortura,
A pesar de esa bravura,
Confesareis la verdad.

Rod. Señor conde de Vergara,
Antes que sufrir tal mengua,
Os escupiré la lengua
Desde el tormento á la cara.
¡Tortura á mí! ¡vive Dios!
Antes que hablara yo en ella,
Se apagaria la estrella
De uno de nosotros dos.
Aquí vendria mañana
Injuria tan afrentosa
A vengar la generosa
Nobleza napolitana.
Y el pueblo, que os aborrece,
Con ella unido á la vez,
Vuestra tirana altivez
Pagara como merece.

Vir. Siempre las revueltas olas
De esa servil muchedumbre
Cederán, segun costumbre,
A mis lanzas españolas.

Rod. No os fieis tanto, señor,
Que aunque pobres pescadores,
Contra duros opresores
Su fé les dará valor.

Vir. Basta: vuestra audacia iguala
Vuestra perfidia; y oid
Un buen consejo. Salid. (A los guardias.)
Diego, espera en la antesala.
(Salen los guardias y Diego.)

Vir. Oidme, jóven conde de Monforte. He hecho salir á todos esos testigos cuyos oidos torpes, oyendo mal lo que nada les importa, podrian interpretar peor palabras que no estarian en estado de comprender. Ahora, pues, que estamos á solas, voy á daros un consejo que espero no despreciareis por lo mucho que os interesa.

Rod. A la verdad que no alcanzo, señor virey, el verdadero sentido que quereis dar á tan retórico circunloquio; pero ya os he dicho que desprecio vuestras amenazas, y espero á mi vez que no tendreis el orgullo de creer que vuestros torcidos consejos harán mas mella en mi corazón.

Vir. De todas maneras, oid lo que os quiero aconsejar.

Rod. Decid, que os escucho.

Vir. Vos sois aún muy jóven para conocer el mundo y las pasiones tal como son en sí; engañosas y corrompidas. Sois, digo, muy jóven, y me desagradaria veros ir al cadalso con la frente serena y con heróica resolucion por una causa indigna de un alma tan noble como la vuestra.

Rod. Os he dicho, y os lo repito por última vez, señor conde de Vergara, que no tengo parte alguna en la conspiracion presente, y que esas cartas del duque de Guisa son una impostura infame.

Vir. No es de eso de lo que se trata ahora. No son las cartas del duque, ni la conspiracion, la causa indigna de vos; no: puesto que teneis un tribunal competente que os juzgará, si estais inocente, como decís, si no habeis conspirado, como asegurais, nada teneis que temer de la rectitud de vuestros jueces. De lo que yo quiero hablaros es de esa estrangera.

Rod. ¡Señor virey!

Vir. ¡Oh! veo que la amais con toda la sencillez de vuestro corazón, y de vuestros veinte y dos años.

Rod. Pues bien. Sí; la amo, la idolatro. Hace mucho tiempo que mi ecsistencia no tiene otro halago ni otra esperanza; pero el origen de esta pasion con cuyo encanto vivo, la razon oculta de mis relaciones misteriosas con esa jóven, son un secreto de familia que nadie tiene derecho á escudriñar, y cuya confesion os protesto que no arrancarán á mis labios ni vuestras amonestaciones, ni vuestra tortura.

Vir. Estais trastornado, buen jóven; vuestra imaginacion fascinada os hace ver esa pasion por un prisma encantado que embellece y perfecciona cuanto toca al objeto que os la alimenta. Pero, creedme, no comprometais vuestros dias, el lustre de vuestro nombre y el reposo de vuestra madre por una mujer que abusando de vuestra ciega confianza, os paga muy mal la buena fé con que la entregais vuestra alma inesperta.

Rod. ¡Vive Dios! señor virey, que los que han calumniado en vuestra presencia á esa infeliz criatura, han mentido como villanos.

Vir. Acordaos de que empleo inmensos caudales en mantener una severa cuanto necesaria policía, cuyos individuos tienen obligación de penetrar hasta los secretos mas íntimos de las mas oscuras familias. Acordaos de que esa mujer, que ha escitado mis sospechas hace algun tiempo, ha sido seguida, espiada por todas partes, de noche y de dia; y que no ha dado un paso, no ha pronunciado una palabra, no ha echado un suspiro que no haya venido á retumbar en los oídos del virey de Nápoles, quien os asegura que sois víctima de su falsedad.

Rod. Penetro todo el veneno de vuestras frases, señor virey. Quereis vengaros de la firmeza que os he manifestado, del desprecio que he hecho de vuestras amenazas, fiado en mi razon y en la nobleza de la clase á que pertenezco, y quereis emponzoñar mi alma, envolviéndola en las tinieblas de la duda, acerca de lo único en que creo y espero despues de Dios; en el amor de esa mujer. Pero os habeis equivocado; la conozco mas de la que pensais, leo en su corazon mejor que vos en el mio, y me atrevo á juraros por las cenizas de mi padre, que no hay en todo Nápoles un solo hombre que pueda jactarse de haber visto el brillo de sus ojos, ni de haber escuchado el encanto de sus palabras.

Vir. ¡Pobre jóven! me dais compasion. ¿Qué diriais si yo os presentara uno cuyos ojos hiciesen bajar los suyos, y cuyo acento hiciera brotar sus lágrimas y caer á sus piés pidiendo misericordia?

Rod. Eso es imposible, virey.

Vir. ¿Y si no lo fuera?

Rod. Repito que es imposible, y si hubiese algun comprado impostor que se atreviese delante de mí á sostener tamaño absurdo, por Dios que serian las últimas palabras de su vida, porque yo se la arrancaria donde quiera que le encontrara.

Vir. Pues bien, vos mismo sereis juez en este asunto; voy á mandar que introduzcan á esa mujer en este salon, y vereis, noble conde, como no es vuestra presencia lo que mas va á sorprender á la señora de vuestros pensamientos. ¡Hola, Diego!

ESCENA VIII.

Dichos, DIEGO.

Diego. ¿Qué mandais, señor?

Vir. Haz entrar á esa mujer, acusada como cómplice del noble Don Rodrigo de Luz, conde de Monforte. (Al conde.) Espiad bien el momento en que pase el dintel de esa puerta, y preguntaos á vos mismo á quien de los dos reconoce mas pronto.

ESCENA IX.

EL VIREY, DON RODRIGO, ANGELINA.

Ang. Señor, si hay en vuestra alma... ¡Cielos, amparadme! (Cae de rodillas á los piés del virey.)

Rod. ¡Ira de Dios! ¡Angelina!

Vir. Silencio, mancebo: ya veis que hay un

hombre en Nápoles que no solo ha visto el brillo de sus ojos, y oido el encanto de sus palabras, sino delante de quien se avérgüenza y se postra.

Ang. Señor virey!

Vir. Silencio, digo. ¿Y sabeis, jóven, por qué se humilla delante de otro que vos? Pues sabed que otro ademas de vos es víctima de sus engaños, porque esta señora ha jurado delante de otro, que un voto indisoluble la prohibia oír las palabras de ningún hombre; y esto, ya podeis conocer, buen Don Rodrigo de Luz, conde de Monforte, que es renegar de vuestro amor en presencia del virey de Nápoles.

Ang. No, señor virey, mil veces no.

Vir. Hareis mal en dar crédito á sus voces: será muy capaz de renegar hasta de sí misma.

Rod. Dime, Angelina, dime por piedad que ese hombre está loco, que lo que dice es un sueño; dime que no le conoces, que no le has visto jamas.

Vir. ¡Oh! eso sí que no podrá negarlo.

Ang. Yo no sé mentir: le he visto.

Vir. Y hablado, señor Monforte. ¡Hola!

Rod. Un momento, señor virey; un momento, por cuanto caro tengais en el universo:

Vir. ¿Qué quereis?

Rod. Un instante de esplicacion acerca de lo que acabo de oír: ¡oh! una hora de esta angustiosa incertidumbre me ahogaria: os lo aseguro.

ESCENA X.

DIEGO, GUARDIAS.

Vir. Guardad en el aposento inmediato á este noble jóven.

Rod. Conde de Vergara, teneis un corazon de hiena, y os digo que sois un vil y un miserable.

Ang. ¡Perdon, señor, perdon!

Vir. (á Angelina.) Apartad. La esplicacion que me pedís, voy á tenerla yo con esta dama; y de sus respuestas depende solo vuestra salvacion y vuestra existencia. Id, pues, señor Monforte, á esperar vuestra sentencia, favorable ó contraria, en el vecino aposento, donde os serán comunicadas las órdenes del virey.

ESCENA X.

EL VIREY, ANGELINA.

Ang. Perdonad, señor, si os callé la verdad. Los cielos me son testigos de que mi intento no fué jamas engañaros; pero habia jurado guardar silencio. ¿A qué negároslo, señor? Yo veia que me seguiais por todas partes: oia por las noches las canciones de vuestros músicos al pié de mis ventanas: os encontraba siempre inmóvil y apoyado en el macizo pilar de Nuestra Señora l'Incoronata, y no se me ocultaba que vuestros ojos estaban devorando los míos por cima de vuestro embozo, y á través de mi espeso velo. Pero yo no podia responderos; y viendo que mi indiferencia nada podia con vos, que habiais venido dos veces con sacrilega audacia á arrodillaros á mi lado, para dejar

caer en mis oídos vuestras tentadoras palabras, dejé de ir al templo, y me pasé los dias y las noches encerrada en mi aposento, sin poder llegarme al altar de Nuestra Señora á rogar por mi anciano padre. ¡Ah! todo lo sacrificué, porque siempre aguardaba que vuestro amor...

Vir. ¡Mi amor, miserable criatura! mi amor ha crecido con el tiempo, sí; lo que fué una chispa inflamada al soplo de un pasajero capricho, es hoy una hoguera que llena todo mi corazon, una hoguera inmensa que tus palabras atizan con otro fuego mas devorador, el de los zelos. ¡Miserable! me hablabas de un voto que te prohibia escuchar las palabras de los hombres, ¡y bajo tu mismo techo ocultabas, doblemente pérfida, un galán preferido y un enemigo del estado?

Ang. Llenadme de injurias, señor; descargad sobre mí toda vuestra cólera: yo no imploro vuestra misericordia mas que para él. Os juro mil veces por la Virgen María que es inocente. Uno de los esbirros que asaltaron esta mañana nuestra casa, puso bajo su almohada unos papeles que supuso ser cartas que le acusaban de conspirador.—Pero es una infame falsedad, porque yo se las ví sacar de su jubon antes de ponerlas en nuestro lecho. ¡Oh! yo no soy mas que una infeliz mujer; pero si vos no dais crédito á mis palabras, sabré repetirlas en alta voz delante de todo el mundo.

Vir. Y nadie te creará, porque estás acusada de ser su cómplice; y porque aunque todos estuvieran convencidos de su verdad, todos saben que es nulo el testimonio de las cortesanas, y tus lágrimas, tus juramentos y tus súplicas no harian mas que agravar la mala causa de tu amante.

Ang. ¿Y qué habeis visto en mí, señor virey, para tomarme por una vil cortesana? ¿Qué razones habeis hallado para aplicarme un título tan afrentoso? ¿Será acaso porque mi velo es tres veces mas espeso que el de las doncellas napolitanas? ¿Será porque siempre me he presentado en público vestida de luto y acompañada de un viejo escudero, cuya librea no deja dudar de la nobleza de mi sangre? ¿O será porque mis oídos, señor conde, han estado siempre cerrados á vuestras amorosas propuestas? ¡Por vida mia! Meditad mejor vuestras palabras cuando toquen á la reputacion de las mujeres, porque dareis á conocer que sois un torpe libertino, y os arriesgais á equivocarlo como ahora con una impúdica cortesana á la condesa de Monforte, que os desprecia demasiado para no escupiros á la cara por el baldon que acabais de hacerla.

Vir. ¡Vos condesa de Monforte!

Ang. Sí, señor virey, esposa de Don Rodrigo.

Vir. ¡Su esposa! ¡Oh! circunstancia es esta que no le librará del cadalso.

Ang. ¡Perdon, perdon! Olvidad, señor, mis palabras, como yo olvidaré vuestra injuria. Pero os protesto que Rodrigo es inocente, que no ha urdido jamas conspiracion alguna. ¿Qué tiene de comun un noble como él con esa turba de miserables pescadores? Escuchadme, señor, quiero revelaroslo todo, porque al fin es fuerza que lo sepais

para que nos hagais justicia.—¡Hemos sido tan desdichados!...

Vir. ¿Vais á darme algunas noticias de los demas gefes de esa conspiracion?

Ang. ¡Ah! nada sé de eso, señor.—¡No os he dicho ya que somos inocentes! Monforte ha vivido mucho tiempo lejos de su país. ¡Oh! es una historia completa. Si os dignais oirme un momento, os convencereis de nuestra inocencia. Yo perdí mi madre cuando salí á la luz del mundo, y soy española como vos.

Vir. ¡Española!

Ang. Sí; recibia mi educacion lejos de mi padre, en un convento de Sevilla. Allí, á través de las celosias y de las rejas, penetraron los ojos y los suspiros de un gallardo mancebo que venia todos los dias á nuestros oficios. Supe que era desgraciado, y que todos sus votos se dirigian á suplantar al cielo que le permitiese volver á su patria, y abrazar á su pobre madre que le lloraba... y la compasion hizo lugar al amor, y el amor me precipitó en brazos de la locura. Amé á Monforte, señor, y cuando obtuvo licencia para volver á su país, no tuve valor para renunciar á su cariño, y huí con él. No quiero contaros los trabajos que sufrimos, mis remordimientos, mi afan, los medios que tuvimos que adoptar... ¡Perdonadme, Dios mio, tan vergonzosa confesion!

Vir. Continuat, continuat.

Ang. Anduvimos errantes noche y dia como delincuentes perseguidos por la maldicion divina, y el miedo, la fatiga y los remordimientos alteraron mi salud de tal manera, que me ví á las puertas de la muerte. Conmovido de mi deplorable estado, nos recogió en su casa con evangélica piedad un sacerdote de una escondida aldea: y advertida de que llegaba el término de mis dias, escribí á mi padre una carta rogándole que me perdonase: encerré dentro de ella una trenza de mis cabellos, y supliqué al sacerdote que se la remitiese por mano desconocida, á fin de que no supiese mi padre la espantosa miseria en que moria, y al menos no maldijese mi memoria sobre mi sepulcro. Hizolo así el buen eclesiástico: mas el cielo dispuso que yo recobrará mi salud, y antes de volver á emprender nuestro viaje, escuchó nuestra confesion y bendijo nuestro himeneo. Seguí á mi esposo, y no he querido desengañar á mi padre, que me cree muerta, porque juró vengarse cruelmente de mi pobre Rodrigo. Esta es mi historia, señor, y he aquí por qué nos ocultábamos en las sombras del misterio... Y sin embargo, yo adoro á mi padre, y me atrevo por fin á haceros una súplica postrera.

Vir. ¿Cuál es?

Ang. Que me devuelvan su retrato, que me fué arrancado del cuello esta mañana por uno de vuestros agentes, cuando sorprendieron vuestra casa. Si así lo haceis, rogaré por vos como lo hago por él todas las tardes en el templo de la Incoronata, donde me vísteis por la primera vez.—Ya sabeis, pues, quiénes somos; ya veis que ninguna parte tenemos en las revueltas de este país; que somos inocentes: servios, pues, mandar dar libertad